

cia, alcanzan la máxima aportación de Aragón a la monarquía de los Austrias de los Austrias. Por otra parte, el estudio permite conocer no ya las vicisitudes de las relaciones con el poder central en relación con los subsidios, sino que a partir de ellos reconstruye la participación aragonesa en los planes «imperiales» de la monarquía.

No hay duda que nos encontramos ante una obra de indudable interés cuyo valor no se reduce al contenido estricto de la misma sino también a la aspiración conseguida por el autor de plantear un método y abrir nuevas vías de conocimiento. La investigación parte de una amplia documentación que se comenta en las páginas finales del libro y que evidencian las dificultades que el autor ha tenido para realizar su trabajo. Esta realidad no desmerece la calidad del trabajo, por el contrario, se puede concluir que se ha logrado trazar un camino en este período aún poco conocido de la historia aragonesa.

Virginia LEÓN SANZ

AGUILAR PIÑAL, Francisco: *Bibliografía de estudios sobre Carlos III y su época*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988.

Conforme avanza el tiempo, los estudiosos del siglo XVIII español vamos contrayendo una deuda cada vez mayor con Francisco Aguilar Piñal; su incansable y lúcida dedicación a la recopilación bibliográfica y documental arroja, hoy por hoy, un balance extraordinario, del que es buena muestra esta *Bibliografía de estudios sobre Carlos III y su época*, obra de innegable interés que, en conmemoración del segundo centenario del fallecimiento del mencionado monarca, ofrece al público en general, y al investigador en particular, cerca de diez mil fichas referidas a los más variados aspectos de la vida hispánica en la segunda mitad del setecientos.

La edición de esta guía bibliográfica tiene como objeto primordial servir de complemento a la *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, proyecto todavía inacabado pero que, desde 1981 a 1988, ha logrado superar el ecuador de sus previsiones con la publicación de cinco volúmenes (Tomo V: L-M). Aguilar Piñal reconoce (p. XXI) que la enorme cantidad de obras recogidas en los últimos tiempos, sobre todo de carácter regional o local, le obligan a renunciar a un proyectado tomo final de «puesta al día» como colofón de su *Bibliografía de autores*, de ahí su decisión de rendir tributo no sólo a Carlos III, sino a unos personajes, a unas instituciones y a todo un pueblo, dando salida a una valiosa información que corría el riesgo de quedar condenada a la oscuridad de un fichero.

La *Bibliografía de estudios* parte de una previa labor selectiva basada en criterios de utilidad, y por ello, a pesar de que abarca ámbitos generales de

la Monarquía hispánica —no sólo de la península, sino también de las restantes posesiones de la Corona—, no se trata de una obra exhaustiva; no incluye referencias a la primera mitad del siglo XVIII, y omite los estudios ya citados en los sucesivos tomos de la *Bibliografía de autores*, todo lo cual confirma la posición intelectual de su autor, para quien las propias características del volumen son las que justifican no alcanzar, de la forma que lo haría un ordenador, las cotas de especialización lícitamente deseadas por todos los investigadores.

La ordenación de este trabajo se ajusta a un esquema de campos temáticos amplios, internamente subdivididos en ámbitos más restringidos; este esquema, según Aguilar Piñal, se basa en el conjunto de investigaciones realizadas y está desvinculado, dado su carácter absolutamente personal, de cualquier clasificación más o menos institucionalizada.

Pasando a un mayor nivel de concreción, se contemplan tres grandes apartados: Historia política y militar, Historia económica y social, y en tercer lugar, la Historia cultural y científica. Resulta especialmente significativo el hecho de que la tercera parte sea la más extensa y que la primera contenga menos de un tercio del total de títulos recogidos dentro del ámbito económico-social; ello no sólo confirma la importancia cultural de la época, sino que refleja cuáles son las preferencias de los historiadores. Las divisiones subsiguientes constituyen, a mi juicio, un claro acierto: facilitan enormemente el manejo de la obra, y a su vez, por encima de la referencia concreta, orientan de una forma amplia y general al lector.

La «Historia política y militar» incluye dos capítulos, uno dedicado a la Historia general, que se organiza con un criterio geográfico (1. Europa, 2. España —Andalucía, Nuevas Poblaciones, Aragón, Asturias... Murcia, Navarra, Valencia—, 3. Colonias españolas —Nueva España; Antillas; América Central... Guinea—), y otro que, bajo el epígrafe «Absolutismo borbónico», aborda ámbitos temáticos como la teoría política, las instituciones administrativas, la diplomacia, conflictos bélicos, Ejército y Marina, todo ello recogido en tres capítulos: 1. Política interior, 2. Política exterior —de nuevo con subdivisiones geográficas— y 3. Guerra y defensa.

Dentro de la «Historia económica y social» los títulos se agrupan en torno a cinco núcleos: la Sociedad (1. Población, 2. Estructura social); la Economía (1. Historia económica, 2. Economía y Hacienda y 3. Instituciones económicas); Fuentes de Riqueza, en el que se contemplan por separado los mundos peninsular y colonial (1. Agricultura, 2. Ganadería, 3. Pesca, 4. Minería, 5. Industria, 6. Comercio); Vida social, que con un abanico de contenidos amplio y sugerente (1. Obras públicas, 2. Comunicaciones, 3. Justicia, 4. Trabajo y abastos, 5. Bienestar social, 6. Usos y costumbres), incluye puntos concretos como Delincuencia, Contrabando, Sistema penitenciario, Gremios, Precios y salarios, Sanidad y beneficencia, Fiestas y diversiones; y por último, la Vida Religiosa, que se ocupa no sólo de la historia eclesiástica, sino de capítulos diferenciados tales como el Tribunal

de la Rota o la Inquisición (dentro de la «Ortodoxia»), y el Esoterismo, Misoneísmo y la Masonería como manifestaciones de la «Heterodoxia».

La «Historia cultural y científica» reparte sus obras bajo epígrafes más numerosos y de contenido más concreto. Se distinguen siete apartados (sólo eran dos en el área político-militar y cinco en el campo de lo económico-social) y múltiples subdivisiones. Se destina un capítulo específico a la Ilustración tanto en Europa como en España; hay otro sobre educación y enseñanza (1. Política docente, 2. Enseñanza no universitaria, 3. Enseñanza universitaria) y un tercero, «Ciencia y técnica», en el que tiene cabida el mundo de las Academias y de los Jardines Botánicos; en cuarto lugar aparece la temática de exploraciones y viajes, y el quinto capítulo hace referencia al mundo del libro, su comercio, las artes gráficas, la censura, las publicaciones periódicas y la historia de archivos y bibliotecas. Cuando llega el momento de abordar la «Historia literaria», se pone el énfasis en los géneros, temas y movimientos e influencias incluyendo un subapartado dedicado al Hispanismo y evitando citar autores particulares.

La obra concluye con los títulos relativos a Historia del Arte, con distinción de estilos y autores en Arquitectura, Pintura, Escultura, Grabado, Orfebrería, Mobiliario y decoración, y para terminar, en la composición musical.

No cabe duda de que «la conmemoración que no abre nuevos horizontes de conocimiento o que no deja frutos tangibles de apoyo a la investigación, está condenada al olvido» (p. XXIII); éste ha sido un año en que los actos conmemorativos se han sucedido con una intensidad sin precedentes, en que se ha recordado y estudiado desde múltiples perspectivas una etapa fundamental de la historia española; pero, junto al resultado final de todas las iniciativas, reflejado en catálogos o en futuras publicaciones de Actas, se impone con fuerza una realidad paralela: puesto que la Historia se edifica sobre un trabajo científico previo, en el que el investigador está obligado a buscar y emplear múltiples y variadas fuentes de información, cualquier esfuerzo que contribuya a facilitar esta tarea merece todo el apoyo y la consideración de los historiadores. Sirvan estas últimas líneas como homenaje al autor de la obra reseñada, quien ya en 1978 —según nos permite adivinar François López («Hacia una bibliografía del siglo XVIII español: los trabajos de Francisco Aguilar Piñal», en *Cuadernos Hispano-americanos*, n.º 334, 1978, pp. 164-168)— se perfilaba como el gran constructor de una bibliografía del setecientos español.

Maria Teresa NAVA RODRÍGUEZ